

hacían daño en tierra de Tlaxcallán, como decía Xicotencatl. Rogó á Maxixca y á otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y á consejo y voluntad de todos, le dieron más de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos tamemes para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fué pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requirióles que, en satisfacción de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al Emperador, y no acogiesen más en sus casas y tierra mejicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fué con justa razón, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y Méjico eran sus amigos y señores, y no dejarían de tenerlos en sus casas siempre que á ellas venir quisiesen, y que no querían su amistad ni obedecer á quien no conocían; por tanto, que se tornase luego á Tlaxcallán si no deseaba la muerte. Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dióles guerra muy de veras. Los de Tepeacac, con los de Culúa, que tenían en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos había de valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas. Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mejicanos no bastaban á resistir los españoles, se dieron á Cortés por vasallos del Emperador, á partido que echarían de toda su tierra á los de Culúa, y le dejarían castigar como quisiese á los que mataron los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos á los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y de ellos sacó el quinto para el Rey. Otros dicen que sin partido los tomó á todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos,

por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los tratara, luego se rebelaran. Como quiera que ello fué, él los tomó por esclavos, y á poco más de veinte días que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella á los de Culúa, derribó los ídolos, obedecieronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz á Méjico es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles é indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallán, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harían contra Méjico, y aun mejor. Con esta victoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenía por muertos.

Cómo se dieron á Cortés los de Huacacholla, matando á los de Culúa

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente á decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no sólo les comían sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres, y les hacían otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexinca, que cerca era, había otros treintamil para defenderle la entrada á tierra de Méjico, y si mandaba que fuese ó enviase españoles, y podría con su ayuda tomar á manos aquellos capitanes. Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque comenzaban á ganar tierra y reputación más de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor,

honró los mensajeros, dióles más de trescientos españoles, trece de caballo, treinta mil tlaxcaltecas y de los otros indios amigos que tenía en su ejército, y enviólos. Ellos fueron á Chololla, que está ocho leguas de Segura, y luego, caminando por tierra de Huexocinco, dijo uno de allí los españoles que iban vendidos; porque era trato doble entre Huacacholla y Huexocinco, llevarlos así para matarlos allá en su lugar, que era fuerte, por contentar á los de Culúa, con quien estaban recién confederados y amigos. Andrés de Tapia, Diego de Ordás y Cristóbal de Olid, que eran los capitanes, ó por miedo, ó por mejor entender el caso, prendieron los mensajeros de Huacacholla y los capitanes y personas principales de Huexocinco que iban con él, y volviéronse á Chololla, y de allí enviaron los presos á Cortés con Domingo García de Alburquerque, y una carta en que le avisaban del negocio, de cuán atemorizados quedaban todos. Cortés, como leyó la carta, habló y examinó los prisioneros, y averiguó que sus capitanes habían mal entendido; porque, como era de concierto que aquellos mensajeros tenían de meter los nuestros sin ser sentidos en Huacacholla y matar á los de Culúa, entendieron que querían matar á los españoles, ó aquel les engañó que se lo dijo. Soltó y satisfizo los capitanes y mensajeros que estaban quejosos, y fué con ellos, porque no aconteciese algún desastre en sus compañeros, y porque se lo rogaron. El primer día fué á Chololla, y el segundo á Huexocinco. Allí concertó con los mensajeros el cómo y el por dónde había de entrar en Huacacholla, y que los de la ciudad cerrasen las puertas del aposento de los capitanes, para que mejor y más presto los prendiesen ó matasen. Ellos se partieron aquella noche, é hicieron lo prometido, ca engañaron las centinelas, cercaron á los capitanes y pelearon con los demás. Cortés se partió una hora primero que amaneciese, y á las diez del día ya estaba sobre los enemigos, y poco antes de entrar en la ciudad salieron á él muchos vecinos con más de cuarenta prisioneros de

Culúa, en señal que habían cumplido su palabra, y llevaronlo á una gran casa donde estaban cerrados los capitanes, y peleando con tres mil del pueblo que los tenían cercados y en aprieto. Con su llegada cargaron unos y otros sobre ellos con tanta furia y muchedumbre, que ni él ni los españoles estorbar pudieron que no los matasen casi todos. De los otros murieron muchos antes que Cortés llegase, y llegado, huyeron hacia los otros de su guarnición, que ya venían treinta mil de ellos á socorrer sus capitanes; los cuales llegaron á poner fuego á la ciudad al tiempo que los vecinos estaban ocupados y embebecidos en combatir y matar enemigos. Como Cortés lo supo, salió á ellos con los españoles. Rompiólos con los caballos, y retrájolos á una bien alta y grande cuesta; en la cual, cuando de subir acabaron, ni ellos ni los nuestros se podían rodear; y así, estancaron dos caballos, y el uno murió, y muchos de los enemigos cayeron en el suelo de puro cansados y sin herida ninguna, y se ahogaron de calor; y como luego sobrevinieron nuestros amigos, y comenzaron de refresco á pelear, en chico rato estaba el campo vacío de vivos y lleno de muertos.

Tras esta matanza, los de Culúa desampararon sus estancias, y los nuestros fueron allá y las quemaron y saquearon. Fué de ver el aparato y vituallas que en ellas tenían, y cuán aderezados ellos andaban de oro, plata y plumajes. Traían lanzas mayores que picas, pensando con ellas matar los caballos; y á la verdad, si lo supieran hacer, bien pudieran. Tuvo Cortés este día en campo más de cien mil hombres con armas, y tanto era de maravillar la brevedad con que se juntaron, cuanto la muchedumbre. Huacacholla es lugar de cinco mil y más vecinos. Está en llano y entre dos ríos, que, con las muchas y hondas barrancas que tienen, hacen pocas entradas al lugar, y aquellas tan malas, que apenas se puede subir á caballo. La cerca es de cal y canto, ancha, alta cuatro estados, con su pretil para pelear, y con solas cuatro puertas estrechas, largas y

de tres vueltas de pared. Muchas piedras por todo para tirar; así que con poca defensa la guardarán los de Culúa, si aviso tuvieran. Á la una parte tiene muchos cerros har- to ásperos, y á la otra gran llanura y labranza. En el tér- mino y jurisdicción habrá otra tanta vecindad. Tres días estuvo Cortés en Huacacholla, y allí le enviaron ciertos mensajeros de Ocopaxuin, que está á cuatro leguas y junto al volcán que llaman Popocatepec, á dársele, y á decir cómo su señor se había ido con los de Culúa, y le rogaban que tuviese por bien lo fuese un su hermano que le era muy aficionado, y amigo de españoles. Él los recibió en nombre del Emperador, y les dejó tomar al que pedían por señor, y partióse.

La toma de Izcuzán

Estando en Huacacholla Cortés, le dijeron cómo en Izcuzán, cuatro leguas de allí, había gente de Culúa que lo amenazaba y que hacía daño á sus amigos; fué allá, entró por fuerza, lanzó fuera los enemigos, unos por las puertas, otros saltando por los adarves. Siguiólos legua y media; prendió muchos, y en fin, de seis mil que eran los que guardaban el pueblo, pocos escaparon de sus manos y de un río que cerca de la ciudad pasa, en el cual se ahogaron muchos, por haberle cortado la puente para su seguridad y fortaleza. De los nuestros, los de caballo pasaron presto, mas los otros mucho se detuvieron. Ya Cortés entonces tenía ciento y veinte mil combatientes, y más gente, que con la fama y victoria concurrían á su ejército de muchas ciudades y provincias. Izcuzán es lugar de trato, especial de fruta y algodón. Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres, y una fortaleza en un cerrillo; lo demás está en llano. Pasa por allí un río que la cerca de grandes barrancos; en los cuales, y al rededor, hay una pared de piedra con su pretil, en que tenían mu-

chos ruegos. Está cerca un buen valle, redondo, fértil y que se riega con acequias hechas á mano. El pueblo quedó desierto de gente y ropa, que pensando defenderlo, se habían ido todos á lo alto y espeso de la sierra que junto está. Los indios amigos de Cortés tomaron lo que hallaron, y él quemó los ídolos y aun las torres. Soltó dos presos que fuesen á llamar al señor y vecinos, dándoles su fe de no les hacer mal. Por este seguro y porque todos deseaban volver á sus casas, pues españoles no hacían enojo á quien se les daba, vinieron al tercer día ciertos principales del pueblo á darse y á pedir perdón por todos. Cortés los perdonó y recibió; y así, dentro de dos días estaba Izcuzán tan poblada como antes, y los presos sueltos; salvo es que el señor no quiso venir, de temor, ó por ser pariente del señor de Méjico; y á esta causa hubo debate entre los de Izcuzán y de Huacacholla sobre quién sería señor, que los de Izcuzán querían que lo fuese un hijo bastardo de un su señor que Motezuma matara. Los otros decían que fuese un nieto del ausentado, porque era hijo del señor de Huacacholla. En fin, Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que fuese éste, y no el bastardo, por ser legítimo y pariente muy cercano de Motezuma por vía de mujer; que, como en otro lugar se dirá, es de costumbre en esta tierra que hereden al padre los hijos que tiene en parientas de los reyes de Méjico, aunque tenga otros mayores; y como era niño de diez años, mandó Cortés que lo tuviesen y criasen y gobernasen dos caballeros de Izcuzán y uno de Huacacholla. Estando apaciguando esta diferencia y tierra, vinieron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Claixtomacán, que está lejos de allí cuarenta leguas, á ofrecer gente á Cortés y á dársele, diciendo que no habían muerto español ninguno, ni tomado armas contra él. Era tanta su nombradía, que corría por muchas tierras, y todos lo tenían por más que hombre; y así, le venían á porfia de muchas partidas embajadas; mas, porque no fueron de tan aparte como ésta, no se cuentan.

La mucha autoridad que Cortés tenía entre los indios

Hechas todas estas cosas, se tornó Cortés á Segura, y cada indio á su casa, sino los que sacó de Tlaxcallán; y de allí, por no perder tiempo para la guerra de Méjico ni ocasión en las demás, pues le sucedían tan prósperamente, despachó un criado suyo á la Veracruz, que con cuatro navíos que allí estaban de la flota de Pánfilo, fuése á Santo Domingo por gente, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y munición; por paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas. Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa sobre ello y á la Audiencia, dándole cuenta de sí y de lo que había hecho después que echado fué de Méjico, y pidiéndole favor y ayuda para que aquel su criado trajese buen recado y presto. Envió asimismo veinte de caballo y doscientos españoles y mucha gente de amigos á Zacatami y Xalacinco, tierras sujetas á mejicanos, y en camino para venir de la Veracruz, que estaban días había en armas, y habían muerto ciertos españoles pasando por allí. Ellos fueron allá, hicieron sus protestas y amonestaciones, pelearon, y aunque se templaron, hubo muertes, fuego y saco. Algunos señores y muchos principales hombres de aquellos pueblos vinieron á Cortés, tanto por fuerza como por ruegos, á dárselo, pidiendo perdón, y prometiendo de no tomar otra vez armas contra españoles. Él los perdonó y envió amigos; y así, se volvió el ejército. Cortés, por tener la Navidad, que era de ahí á doce días, en Tlaxcallán, dejó un capitán con sesenta españoles en aquella nueva villa de Segura de la Frontera, á guardar el paso. Y por amedrentar los pueblos comarcanos envió delante todo su ejército, y él fuése con veinte de caballo á dormir á Colunán, ciudad amiga y que tenía deseo de verlo y hacer con su autoridad muchos señores y capitanes en lugar de

los que habían muerto de viruelas. Estuvo en ella tres días, en los cuales se declararon los nuevos señores, que después le fueron muy amigos. Al otro día llegó á Tlaxcallán, que hay seis leguas, donde fué triunfalmente recibido. Y cierto él hizo entonces una jornada dignísima de triunfo. Era ya fallecido su gran amigo Maxixca con las viruelas del negro de Pánfilo de Narváez, de que hizo sentimiento con luto, á fuer de España. Dejó hijos, y al mayor, que sería de doce años, nombró por señor del estado del padre, á ruego también de la república, que dijo pertenecerle. No pequeña gloria es suya dar y quitar señoríos, y que tanto respeto le tuviesen ó temor, que nadie osase sin su licencia y voluntad aceptar la herencia y estado de los padres. Entendió Cortés en que las armas de todos se aderezasen muy bien. Dió prisa en hacer bergantines, que ya la madera estaba cortada de antes que fuese á Tepeacac. Envió á la Veracruz por velas, jarcia, clavazón, sogas y las otras cosas necesarias que allá había de los navíos que echó al través. Y porque faltaba pez, y en aquella tierra ni la conocen ni usan, mandó á ciertos españoles marineros que la hiciesen en una sierra que cerca de la ciudad está.

Los bergantines que hizo labrar Cortés, y los españoles que juntó contra Méjico

Era tanta la fama de la prosperidad y riqueza de Cortés al tiempo que tenía en su poder á Motezuma, y con la victoria de Pánfilo de Narváez, que todos los españoles de Cuba, Santo Domingo y las otras islas se iban á él de veinte en veinte y como podían, aunque muchos fueron que les costó la vida; ca en el camino los mataron hombres de Tepeacac y Xalacinco, según dicho queda, y otros, que por verlos venir en pequeñas cuadrillas y estar Cortés lanzado de Méjico, se les atrevían. Todavía llegaron á Tlax-

callán tantos, que se rehizo mucho su ejército, y que le dieron ánimo de apresurar la guerra. No podía Cortés tener espías en Méjico, que luego conocían allá á los tlaxcaltecas en los bezos y orejas y en otras señales; y tenían mucha guarda y pesquisa sobre ello; y así no sabía las cosas de aquella ciudad tan por entero como deseaba para proveerse de lo necesario. Solamente le había dicho un capitán de Culúa, que fué preso en Huacacholla, cómo por muerte de Motezuma, era señor de Méjico su sobrino Cuetlauac, señor de Iztacpalapán, hombre astuto y valiente, y el que le había hecho la guerra y echado de Méjico; el cual se fortalecía con cavas y albarradas y de muchas maneras de armas, especial de lanzas muy largas como las que se hallaron en los ranchos de la guarnición de Culúa, que estaba en lo de Huacacholla y Tepeacac, para ofensa de los caballos; y que soltaba los tributos y todo pecho por un año, y por más el tiempo que la guerra durase, á todos los señores y pueblos á él sujetos, si matasen los españoles ó los echasen de sus tierras; cosa con que ganó mucho crédito entre sus vasallos, y que les puso ánimo de resistir y aun ofender á los españoles. Y no fué mal aviso el de las lanzas, si los que las habían de traer en la guerra tuvieran destreza para esperar y herir con ellas á los caballos. Todo era verdad lo que el cautivo dijo, sino que Cuetlauac era ya fallecido de viruelas, y reinaba Cuahutimocín, sobrino, y no hermano, como algunos dicen, de Motezuma; hombre muy valiente y guerrero, según después diremos, y que envió sus mensajeros por toda la tierra, unos á quitar los tributos á sus vasallos, y otros á dar y prometer grandes cosas á los que no lo eran, diciendo cuán más justo era seguir y favorecer á él que no á Cortés, ayudar á los naturales que á los extranjeros, y defender su antigua religión que acoger la de los cristianos, hombres que se querían hacer señores de lo ajeno; y tales, que si no les defendían luego la tierra, no se contentarían con la ganar toda, mas que tomarían la gente por esclavos,

y la matarían; que así le estaba certificado. Mucho animó Cuahutimocín los indios contra españoles con estas mensajerías; y así, unos le enviaron ayuda, y otros se pusieron en armas; emperó muchos de ellos no curaron de aquello; y ó acostaban á los nuestros y á Tlaxcallán, ó estaban quedos, por miedo ó por fama de Cortés, ó por odio que á mejicanos tenían. Viendo pues esto, acuerda Cortés de comenzar luego la guerra y camino de Méjico, antes que se resfriasen los indios que le seguían, ó los españoles, que con el buen suceso en las guerras pasadas de Tepeacac y las otras provincias no se acordaban de las islas: tanto puede una buenandanza. Hizo alarde de los suyos segundo día de Navidad. Halló cuarenta de caballo y quinientos y cuarenta de á pie, los ochenta con ballestas ó escopetas, y nueve tiros con no mucha pólvora. De los caballos hizo cuatro escuadras, á diez cada una, y de los peones nueve cuadrillas, á sesenta compañeros por una. Nombró capitanes y oficiales del ejército, y á todos juntos les habló así.

Cortés á los suyos

« Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos míos, que os veo ya sanos de vuestras heridas y libres de enfermedad. Pláceme mucho de veros así armados y ganosos de revolver sobre Méjico y vengar la muerte de nuestros compañeros y á cobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios haréis en breve tiempo, por ser de nuestra parte Tlaxcallán y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, y los enemigos los que suelen, y por la fe cristiana que imos á publicar. Los de Tlaxcallán y los otros que nos han siempre seguido están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros; ca en ello no sólo les va la hon-

ra, mas la libertad y aun la vida también; porque si no venciésemos, ellos quedaban perdidos y esclavos; que los de Culúa peor los quieren que á nosotros, por nos haber recogido en su tierra, á cuya causa jamás nos desampararán, y con tino procurarán de servirnos y proveernos, y aun de atraer sus vecinos á nuestro favor. Y ciertamente lo hacen tan bien y cumplido como al principio me lo prometieron y yo vos lo certifiqué; ca tienen á punto de guerra cien mil hombres para enviar con nosotros, y gran número de tamemes, que nos lleven de comer, la artillería y fardaje. Vosotros pues los mismos sois que siempre fuistes; y que siendo yo vuestro capitán, habéis vencido muchas batallas, peleando con ciento y con doscientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias, no siendo tantos como ahora estáis. Y aun cuando en esta tierra entramos, no éramos más, ni al presente somos más menester por los muchos amigos que tenemos; y ya que los no tuviésemos, sois tales, que sin ellos conquistariades toda esta tierra, dándoos Dios salud; que los españoles al mayor temor osan; pelear tienen por gloria, y vencer por costumbre. Vuestros enemigos ni son más ni mejores que hasta aquí, según lo mostraron en Tepeacac y Huacacholla, Izcuzán y Xalacínco, aunque tienen otro señor y capitán; el cual, por más que ha hecho, no ha podido quitarnos la parte y pueblos de esta tierra que le tenemos; antes allá en Méjico, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtitlán. Y mal contada nos sería la muerte de Motezuma si Cuahutimoc quedase con el reino. Y poco nos haría al caso, para lo que pretendemos, todo lo al si á Méjico no ganamos; y nuestras victorias serían tristes si no vengamos á nuestros compañeros y amigos. La causa principal á que venimos á estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas

veces caben en un saco. Derrocamos los ídolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombres, y comenzamos á convertir indios aquellos pocos días que estuvimos en Méjico. No es razón que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos á do nos llama la fe y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordáis, los de aquella ciudad, no contentos de matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando, diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan. Allende de esto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quemadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearía nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fe, publicando el santo Evangelio? Ca pues vamos ya, sirvamos á Dios, honremos nuestra nación, engrandezcamos nuestro rey, y enriquezcamos nosotros; que para todo es la empresa de Méjico. Mañana, Dios mediante, comenzaremos.»

Todos los españoles respondieron á una con muy grande alegría que fuese mucho en buen hora; que ellos no le faltarian. Y tanto hervor tenían, que luego se quisieran partir, ó porque son españoles de tal condición, ó arregostados al mando y riquezas de aquella ciudad, de que gozaron ocho meses.

Hizo luego tras esto pregonar ciertas ordenanzas de guerra, tocantes á la buena gobernación y orden del ejército, que tenía escritas, entre las cuales eran éstas:

Que ninguno blasfemase el santo nombre de Dios.

Que no riñese un español con otro.

Que no jugasen armas ni caballo.

Que no forzasen mujeres.

Que nadie tomase ropa ni cautivase indios, ni hiciese

correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo del cabildo.

Que no injuriasen á los indios de guerra amigos, ni diesen á los de carga.

Puso, sin esto, tasa en el herraje y vestidos, por los excesivos precios en que estaban.

Cortés á los de Tlaxcallán

Otro día siguiente llamó Cortés á todos los señores, capitanes y personas principales de Tlaxcallán, Huexocinco, Chololla, Chalco, y de otros pueblos que allí estaban, y por sus farautes les dijo:

«Señores y amigos míos, ya sabéis la jornada y camino que hago. Mañana, placiendo á Dios, me tengo de partir á la guerra y cerco de Méjico, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros. Lo que vos ruego delante todos es que estéis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habéis estado, y como de vosotros publico y confío; y porque no podría yo acabar tan presto esta guerra, según mis deseos ni según vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de Méjico, os pido por merced que tratéis á los españoles que deo labrándolos, con el amor que soléis, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de sobre vuestras cervices el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa, y hacer con el Emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes.»

Todos los indios que presentes estaban hicieron semblante y señas que les placía, y en pocas palabras respondieron los señores que no sólo harían lo que les rogaba, pero que acabados los bergantines, los llevarían á Méjico y se irían todos con él á la guerra.

Cómo se apoderó de Tezcuco Cortés

Día de los Inocentes partió Cortés de Tlaxcallán con sus españoles muy en ordenanza. Fué la salida muy de ver, porque salieron con él más de ochenta mil hombres, y los más de ellos con armas y plumajes que daban gran lustre al ejército; pero él no quiso llevarlos consigo todos, sino que esperasen hasta ser hechos los bergantines y estar cercado Méjico, y aun también por amor de las vituallas; que tenía por dificultoso mantener tanta muchedumbre de gente por camino y en tierra de enemigos. Todavía llevó veinte mil de ellos, y más los que fueron menester para tirar la artillería y para llevar la comida y fardaje, y aquella noche fué á dormir á Tezmolucá, que está seis leguas, y es lugar de Huexocinco, donde los señores de aquella provincia le acogieron muy bien. Otro día durmió á cuatro leguas de allí en tierra de Méjico, y en una sierra que, si no fuera por la mucha leña, perecerían de frío los indios; y aun con ella, pasaron trabajo ellos y los españoles. En siendo de día comenzó á subir el puerto, y envió delante cuatro peones y cuatro de caballo á descubrir; los cuales hallaron el camino lleno de árboles recién cortados y atravesados. Mas pensando que adelante no estaría así, y por traer buena relación, anduvieron hasta que no pudieron pasar, y volvieron á decir cómo estaba el camino atajado con muchos y gruesos pinos, cipreses y otros árboles, y que en ninguna manera podrían pasar los caballos por él. Cortés les preguntó si habían visto gente, y como dijeron que no, adelantóse con todos los de caballo y con algunos españoles de pie, y mandó á los demás que con todo el ejército y artillería caminasen apriesa, y que le siguiesen mil indios, con los cuales comenzó á quitar los árboles del camino; y como iban viniendo los otros, iban apartando las ramas y

troncos; y así limpiaron y desembarazaron el camino, y pasó la artillería y caballos sin peligro ni daño, aunque con trabajo de todos, y cierto si los enemigos estuvieran allí no pasaran, y si pasaran, fuera con mucha pérdida de gente y caballos, por ser aquello fragoso, de muy espeso monte. Mas ellos, pensando que no iría por aquella parte nuestro ejército, contentáronse con cegar el camino y pusieron en otros pasos más llanos; que tres caminos hay para ir de Tlaxcallán á Méjico, y Cortés escogió el más áspero, pensando lo que fué, ó porque alguno le avisó que los enemigos no estaban en él. En pasando aquel mal paso, descubrieron las lagunas; dieron gracias á Dios, prometieron de no tornar atrás sin ganar primero á Méjico ó perder las vidas. Repararon un rato para que todos fuesen juntos al bajar á lo llano y raso, porque ya los enemigos hacían muchas ahumadas, y comenzaban á darles grita y apellidar toda la tierra, y habían llamado á los que guardaban los otros caminos, y querían tomarlos entre unas puentes que por allí hay; y así, se puso en ellas un buen escuadrón; mas Cortés les echó veinte de caballo, que los alcanzaron y rompieron. Llegaron luego los demás españoles, y mataron algunos, desocuparon el camino, y sin recibir daño llegaron á Cuahutepec, que es jurisdicción de Tezcucó, do aquella noche durmieron. En el lugar no había persona, pero cerca de él estaban más de cien mil hombres de guerra, y aún más, de los de Culúa, que enviaban los señores de Méjico y Tezcucó contra los nuestros; por lo cual Cortés hizo ronda y velá de prima con diez de caballo. Apercibió su gente y estuvo alerta; pero los contrarios estuvieron quedos. Otro día por la mañana salió de allí para Tezcucó, que está á tres leguas, y no anduvo mucho, cuando vinieron á él cuatro indios del pueblo, hombres principales, con una banderilla en una barra de oro de hasta cuatro marcos, que es señal de paz, y le dijeron cómo Coacnacoyocín, su señor, los enviaba á rogarle que no hiciese daño en su tierra, y á ofrecérsele, y á que se

fuese con todo su ejército á aposentarse á la ciudad; que allá sería muy bien hospedado. Cortés holgó con la embajada, aunque le pareció fingida. Saludó al uno de ellos, que lo conocía, y respondiéndoles que no venía para hacer mal, sino bien, y que él recibiría y tendría por amigo al señor y á todos ellos con tal que le volvieran lo que habían tomado á cuarenta y cinco españoles y trescientos tlaxcaltecas que mataran días había, y que las muertes, pues no tenían remedio, les perdonaba. Ellos dijeron que Motezuma los mandara matar, y se había tomado el despojo, y que la ciudad no era culpante de aquello; y con esto se tornaron. Cortés se fué á Cuahutichán y Huaxuta, que son como arrabales de Tezcucó, donde fueron él y todos los suyos bien proveídos. Derribó los ídolos; fuése luego á la ciudad, y posó en unas grandes casas, en que cupieron todos los españoles y muchos de sus amigos; y porque al entrar no había visto mujeres ni muchachos, sospechóse de traición. Apercibióse, y mandó pregonar que nadie, so pena de la vida, saliese fuera. Comenzaron los españoles á repartir y aderezar sus aposentos, y á la tarde subieron ciertos de ellos á las azoteas á mirar la ciudad, que es tan grande como Méjico, y vieron cómo la desamparaban los vecinos y se iban con sus hatos, unos camino de los montes, y otros por agua, que era cosa harto de ver el bullicio de veinte mil ó más barquillas que andaban sacando gente y ropa. Quiso Cortés remediarlo; pero sobrevino la noche y no pudo, y aun quisiera prender al señor; mas él fué el primero que se salió á Méjico. Cortés entonces llamó á muchos de Tezcucó, y dijoles cómo don Fernando era hijo de Nezaualpícutli, su amado señor, y que le hacía su rey, pues Coacnacoyocín estaba con los enemigos, y había muerto malamente á Cucuzca, su hermano y señor, por codicia de reinar y á persuasión de Cuahutimocín, enemigo mortal de españoles. Los de Tezcucó comenzaron de venir á ver su nuevo señor y á poblar la ciudad, y en breve estuvo tan poblada como antes; y como no recibían daño

de los españoles, servían en cuanto les era mandado, y el don Fernando fué siempre amigo de españoles. Aprendió nuestra lengua; tomó aquel nombre por Cortés, que fué su padrino de pila. De allí á pocos días, vinieron los de Cuahutichán, Huaxuta y Autenco á darse, pidiendo perdón si en algo habían errado. Cortés los recibió, perdonó, y acabó con ellos que se tornasen á sus casas con hijos, mujeres y haciendas; que también ellos se eran idos á la sierra y á Méjico. Cuahutimoc, Coachacoyo y los otros señores de Culúa enviaron á reñir y reprender á estos tres pueblos porque se habían dado á los cristianos. Ellos prendieron y trajeron los mensajeros á Cortés, y él se informó de ellos de las cosas de Méjico, y los envió á rogar á sus señores con la paz y amistad; mas poco le aprovechó, ca estaban muy determinados en la guerra. Anduvieron entonces ciertos amigos de Diego Velázquez por amotinar la gente para volverse á Cuba y deshacer á Cortés. Él lo supo, y los prendió y tomó sus dichos. Por la confesión que hicieron condenó á muerte á Antonio de Villasaña, natural de Zamora, por amotinador, y ejecutó la sentencia. Con lo cual cesó el castigo y el motín.

FIN DEL TOMO PRIMERO

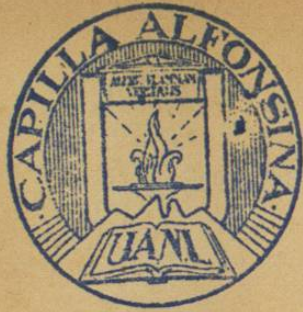
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

TOMOS PUBLICADOS

Quevedo: El Gran Tacaño.
 Avellaneda: El Quijote.
 P. Isla: Cartas familiares.
 Fray Luís de León: La perfecta casada.
 Moratín: Comedias.
 Autores varios: Extravagantes (opúsculos amenos y curiosos).
 Feijoo: Obras escogidas.
 Huarte: Examen de ingenios.
 Jovellanos: Obras escogidas (I, II y III tomo).
 Novelistas del siglo XVII.
 Rojas Zorrilla: Comedias.
 Rivadeneira: Tratado de la tribulación.
 Cadalso: Obras escogidas.
 Liñán y Verdugo: Guía y avisos de Forasteros.
 Melo: Guerra de Cataluña.
 Romancero general.
 Zabaleta: El día de fiesta.
 Larra: Artículos escogidos.
 Cervantes: Novelas ejemplares (I y II tomo).
 Guevara: Epístolas escogidas.
 Rojas: La Celestina, tragi-comedia.
 Jorge de Montemayor y Gil Polo: La Diana.
 Alarcón: Comedias escogidas (tomo I y II).
 Le Sage: El Bachiller de Salamanca.
 Juan C. de Olóriz: Molestias del trato humano.
 Yepes: Vida de Santa Teresa (tomo I y II).
 A. de Castillo Solorzano: La Garduña de Sevilla.
 Diego de Saavedra Fajardo: Corona Gótica.
 Francisco López de Gómara: Conquista de Méjico (tomo I).

EN PRENSA

Conquista de Méjico (tomo II).



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

B. RO

267

972.02

F1230
L6
v.1

FEVT
38126

AUTOR
LOPEZ DE GOMARA, Francisco
TITULO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HEMET
E



